

## Alberto Adriani

1.-

Alberto Adriani es natural de Zea, uno de los pueblos más idílicos de Mérida. Allí nació el 14 de junio de 1898. Como lo indica el apellido, era de sangre italiana. Fue, toda su breve vida, y sin desconocer nunca su origen familiar, un ejemplar venezolano. Tan ejemplar en su actitud frente a nuestra patria, que, ya desde la infancia, no soñó con otra empresa que la gran empresa de trabajar por el desarrollo de Venezuela. Alberto Adriani, por otra parte, y tanto en su facha como en su disciplina personal, encarnó al merideño raigal. Como tal, se distinguió por su disciplina en todo. En el comportamiento diario con sus relacionados; en su dedicación al estudio a tiempo completo; en su apasionada entrega a la comprensión de todo lo que oliera a venezolano; en su inalterada ilusión de consagrarse al bien de nuestra patria.

Con el fin de lograr tamaña ilusión, no se conformó con la formación académica que le dio Mérida. No. Nada de eso. Necesitaba, según sus propias palabras, adquirir todos los instrumentos posibles que lo transformaran en un hombre eficiente. El sabía, mejor que nadie, que sin eficiencia es imposible todo desarrollo. Por esto fue por lo que, ya hecho y derecho en Mérida, tomó el camino de Europa. En el viejo continente, como es lógico en un hombre de su vocación intelectual, se pondría al día. Pues bien. Entre 1921 y 1931 vivió, si así puede decirse, plenamente a Europa. Tanto en Francia como en Italia. Tanto en Suiza como en Alemania. Cuando se reincorporó a nuestro país, ya estaba, como él decía, apto para entrar en acción. Y la ocasión no podía ser más propicia: había concluido el régimen del Benemérito General Juan Vicente Gómez. Era el año 1936.

2.-

Después de Europa, y con el fervor del caso, lo primero tenía que ser Zea. A Zea llegó, pues, el Doctor Alberto Adriani armado de todas sus armas: tanto las humanísticas cuanto las científicas. Las puso, para comenzar, al servicio de los predios merideños de la familia. Sólo que, cuando menos lo pensaba, fue llamado por el gobierno. Le fue ofrecido el Ministerio de Agricultura, que aceptó de mil amores. Se dedicó a estudiarlo en su historia y en sus alcances. Y, cuando lo estaba poniendo al día, el diligente ministro fue transferido al Ministerio de Hacienda. Era entonces el régimen del General López Contreras.

Había durado poco el Doctor Adriani en el primer ministerio. No duró mucho, tampoco, en el segundo a pesar de que su acción allí resultó, por lo novedosa, por lo renovadora, por lo efectiva en cada uno de sus aspectos, verdaderamente revolucionaria. Repetimos que no duró mucho en este ministerio. La muerte imprevista y prematura le cortó en seco sus más entrañables esperanzas. Esto ocurrió el 10 de Agosto de 1936. Sólo 38 años alcanzó su periplo vital. Un tiempo breve, pero, eso sí, suficiente para que dejara, como efectivamente dejó, la imagen cabal de un venezolano de excepción.

La aventura vital del Doctor Alberto Adriani está aureolada, como suele ocurrir con los grandes hombres, por la leyenda. ¿Qué leyenda? No nos queda más camino, en este instante, que resumirla. El Doctor Adriani no pensaba otra cosa que, en sus palabras propias, servirle a Venezuela. A eso se puso, cuan cumplido en todo fue siempre, desde su ministerio. Pero, hombre civilizado por Europa,

al no más comenzar a obrar, se tropezó con que en la Venezuela de su momento no había posibilidad de compaginar la disciplina con la perversión ni con la ignorancia. Muy pronto comprobó que, y son sus palabras trágicas, "con esta gente rapaz e ignorante no se puede hacer nada". Comprendió, pues, Alberto Adriani que "antes que hacer la república debemos hacernos nosotros porque todavía no somos". Y no somos porque aquí "gobiernan los incapaces y los peores".

La leyenda del Doctor Adriani se cierra de manera trágica. ¿Cómo fue eso? Comenzó a reformar su ministerio con toda responsabilidad: sustituyendo los incapaces, que son tan abundantes, y los peores, que son mucho más numerosos, con subalternos cultos y eficientes. Tan saludable disposición no le duró mucho tiempo. El 10 de Agosto de 1936, sin habersele conocido afección patológica ninguna, amaneció muerto en su cama del entonces famoso Hotel Majestic. La leyenda dice, sin más vueltas, que murió envenenado. Nadie sabe, hasta la fecha, por quién. Nosotros pensamos en esta ligera evocación del ilustre merideño que lo envenenaron las manos de los que él llamaba, con absoluta certeza, los incapaces y los peores. Como se ve, pues, la tragedia del Doctor Alberto Adriani consistió en la discordancia perfecta de su tiempo entre la cultura, que es eficiencia y sentido de patria, y la incapacidad, que es improvisación y rapiña. Si el doctor Adriani viviera todavía, ¿que diría al ver que, a estas alturas de nuestra patria, la incapacidad está consolidada? El ilustre merideño, finalmente, frustrado y todo, pasó a nuestra historia como un venezolano ejemplar.